

LA MODA.

REVISTA SEMANAL DE LITERATURA, TEATROS, COSTUMBRES Y MODAS.



Este periódico se publica todos los Domingos. En el número 1.º de cada mes se reparten cuatro láminas, representando,

unas, las últimas modas de París, otras, Patrones para bordados, cortes de vestidos, etc., ó bien lindos dibujos de tapice-

ría ó de Crochét. Precio de la suscripción 9 reales al mes, lo mismo en Cádiz que en los demás puntos de la península.

SUMARIO. = *Teatro Principal*, por D. Francisco Flores Arenas. = *El mercader de especias*, por Aben Kadil Almanzor. = *Rugier de Lauriga*, novela original por Doña Felicitas Asin de Carrillo. *Segunda parte.* = *Distribucion de premios por SS. MM. á las alumnas de las escuelas dominicales*, por Doña María del P. Sinués de Marco. = *Geroglífico*.

TEATRO PRINCIPAL.

Funcion particular de aficionados ejecutada en el mismo.

Susurrábase hace días que una reunion de señores aficionados iba á dar en el referido teatro una funcion lírico-dramática, añadiéndose que esto se verificaria por convite, y como un delicado obsequio hecho por los asociados á sus amigos, aprovechándose la circunstancia de hallarse interrumpidas por breve plazo las tareas de la compañía que allí funciona. La noticia no era en efecto infundada, y las esquelas de invitacion anunciaron que la noche del miércoles 23 era la prefijada para dicho espectáculo. Estas esquelas, suscritas por el Sr. Gonzalez Andrade, antiguo y distinguido aficionado al arte de la declamacion, fueron recibidas con gratitud y buscadas con avidez por las muchas personas que anhelaban la honra de obtenerlas.

A fin de quitar al coliseo todo carácter público, se dispuso que solo se verificase la entrada por la puerta que dá á la calle del Vestuario, hallándose en ella una comision de señores socios para recibir á las señoras. Además, se acordó que todas las localidades, sin escepcion, pudiesen ser ocupadas por los concurrentes, no habiendo números ni sitios señalados, y quedando á los primeros que llegasen el derecho de escoger.

Esto hizo que al abrirse la única puerta que se fijó para el ingreso, estuviere aquella sitiada por los mas madrugadores, deseosos de apoderarse de las localidades de su preferencia habitual. Antes de la hora señalada para principiar esta-

ENERO.

ba por tanto casi lleno el teatro, y antes de aquella en que en efecto llegó á alzarse el telon ya lo estaba completamente, no habiéndose librado de la invasion ni aun siquiera la cazuela alta; sitio del que pudiera decirse, como de aquel otro decia *El diablo predicador*, que

"el sol, natural registro,
ó le perdonó por pobre
ó dejó por escondido."

En medio de esta ansiosa curiosidad rompió la orquesta en una sinfonia, y algo despues sonó la primera campanada, sonó la segunda y sonó al fin la tercera, fijándose todos los ojos y asestándose todos los gemelos en direccion al ya descubierto escenario en el que aparecian dos damas, las cuales fueron saludadas con una salva de aplausos. Aquellas representaban á la condesa de Castilla y á Estrella. El drama que íbamos á ver y á oír era por tanto *Sancho García*, la produccion mas notable sin duda en su género entre todas las producciones de uno de nuestros mas célebres poetas contemporáneos, del Sr. Zorrilla, distinguido escritor cuyos versos corren de boca en boca, y que á fuerza de ser buenos han llegado á hacerse populares. Nosotros principiaremos por decir algo del drama, antes de emprender la reseña de su ejecucion, porque solo haciéndonos cargo de lo que él es podremos comprender las grandísimas dificultades que su desempeño ofrece, y apreciar el resultado de los esfuerzos hechos por las entendidas personas que acaban de ponerlo en escena.

En *Sancho García* se descubre el sello especial que caracteriza á las mas y á las mejores producciones dramáticas del Sr. Zorrilla. Los primeros actos casi no sirven mas que para preparar el último, donde la energía de la palabra y el vigor del pensamiento conmueven hondamente á los espectadores. Aquí es donde se desarrollan los grandes medios del poeta: aquí es donde sorprende y admira. De lo demás se cuida poco. Véase así por qué hay dos escenas entre D. Sancho y su madre muy semejantes en el pensamiento y hasta en los giros, en las cuales la condesa le inclina á la paz y el hijo aboga por la necesidad de la guerra. Véase por qué hay otras dos entre la misma condesa y el moro, donde este, prevalido del violen-

to amor que ha logrado inspirarle, trata de arrastrarla al mas horrendo crimen haciéndole ver que su horóscopo le ordena el asesinato de su propio hijo, y que ese es el único medio de salvar su vida y la de su amante. Este es el solo verdadero resorte del drama, porque ni la escena del subterráneo ni las palabras fatídicas del hebreo producen resultado alguno en la accion, y son por tanto inútiles para ella. Si á lo dicho se agregan los pálidos amores del escudero y Estrella que nada dan, nada quitan, en nada influyen y que acaban por quedar olvidados del público, se comprenderá que un acto solo, y ese corto, fuera bastante á preparar convenientemente el desarrollo completo de la accion en el tercero, que es en efecto admirable. Solo á fuerza de talento y de poesía ha podido hacer el Sr. Zorrilla tolerables y hasta gratas no pocas escenas, que en la pluma de otro habrían parecido cansadas y difusas.

Pero no se entienda que cuando hablamos del tercer acto nos referimos solo á las escenas que materialmente lo forman. Esto toca á su mecanismo. Lo que queremos señalar es el punto en que se desenvuelve el movimiento dramático, y este es aquel en que Sancho García, despues que las revelaciones del misterioso subterráneo han puesto en sus manos los hilos de la trama, concibe la idea de inmolar su propio honor en aras del de su madre como espacion de sus filiales faltas, y se dispone á hacer que caiga la vengativa espada de su justicia sobre la cabeza de los criminales instrumentos de su deshonor. Aquí es donde la accion toma ya todo su enérgico vuelo.

Estas consideraciones nos llevan á definir los caracteres dramáticos de la condesa, de Sancho y de Hiscem, únicas grandes figuras del cuadro. La condesa es criminal, no por perversidad de corazon, no porque haya abjurado los sentimientos de madre y de esposa, sino porque la arrastra al abismo un amor mas poderoso que ella. En la espresion de esta lucha está todo el arcano del papel. Sancho, tiene que guardar dentro de su alma el secreto de que depende la honra de su madre; tiene que imponerse un sacrificio inmenso al aceptar la mancha de parricida; tiene que encerrar en su corazon toda la hiel que de él rebosa hasta tocar el momento de su venganza; pero entonces, y cara á cara con Hiscem, rompe de improviso los diques á su furor, y no hay injuria, no hay baldon que crea bastante para arrojarlo á la frente de su enemigo. El Sr. Zorrilla ha vertido aquí toda la impetuosidad, toda la vehemencia, toda la fuerza de que es capaz su mente robusta y su espresion incisiva. El actor que aquí pueda interpretarle, es gran actor; el que algo hace, ya vale no poco.

Pero si Sancho es el leon que ruge, Hiscem es la serpiente que destila veneno, y que al morir se enhiesta todavía para lanzarlo llena de ira al rostro de la víctima á quien ha mordido y que ahora la oprime bajo sus pies.

Con estos datos pasemos á decir algo de la eje-

cucion, pidiendo se nos dispense la libertad que en ello nos tomamos.

La Sra. de Lanzarot ha comprendido lo que el autor quiso que fuese la condesa. Sentimiento, buena espresion, gesto oportuno; aquel es el papel. No es culpa suya si su voz se agudiza en ciertos momentos, en la necesidad de hacerse oir en una sala de espectáculo no pequeña y llena de gente esto se comprende y se disculpa. Con poco estudio logrará además el no apagar los finales, segun alguna vez hemos notado.

El Sr. Caballero Lassaleta (D. Leon), encargado del papel de Sancho García, posee una voz fuerte, clara y de excelente timbre, su pronunciacion es castiza y natural, declama bien, y sabe lo que declama. El estudio de buenos modelos, la práctica, y una acertada direccion le harán adquirir el claro oscuro que á veces echamos de menos en su decir; ese claro oscuro que es el que hace destacar la espresion, como en la pintura hace destacar la forma. Dijo con vigor y con oportuna entonacion sus octavas del tercer acto, y tuvo en ellas buenos momentos. Con estos le bastó para acreditarse de un aficionado de mérito no comun.

El Sr. Lanzarot demostró su inteligencia en el papel del moro Hiscem, no desmintiendo nunca el carácter que le hemos asignado, y que es el que el Sr. Zorrilla quiso evidentemente darle. Algunas buenas transiciones que ejecutó en su última escena le valieron merecidos aplausos.

Hemos dicho que los demás personajes ocupan en el cuadro términos bastante secundarios, destacándose algo mas que los otros el de Sancho Montero. Esta es la razon de que no nos detengamos en cada uno de ellos en particular. La Señorita de Piña y los Sres. Revueltas, Conti y Gaona, que los tuvieron á su cargo, coadyuvaron poderosamente al éxito con sus esfuerzos en lo mas ó menos á que á cada cual dió ocasion su papel respectivo.

Las palmadas, que no se habian escaseado durante el drama, se repitieron al fin de los actos todos, y terminados el segundo y el tercero fueron llamados á la escena cuantos en ellos habian trabajado. Al hacerlo en este último fué presentado por sus discípulos su respetable director el Sr. Gonzalez Andrade, á quien alcanzó tambien la parte de aplauso que de derecho merecia.

En seguida se cantó por los Ses. Pastorino y Luzuriaga el conocido duo de Atila. Su desempeño fué excelente, la concurrencia pidió la repetición, y aquellos señores tuvieron la bondad de acceder á ello.

La funcion terminó con la zarzuela *Buenas noches, Sr. D. Simon*, que agradó bastante y fué muy aplaudida.

Llenos de gratitud por la galantería de que habian sido objeto, los concurrentes abandonaron el teatro á las doce y media de la noche, y al salir nosotros al par de los demás, oímos que decia uno que á la sazón traspasaba el umbral: "Es menester desengañarse: para atraer gente convienen funciones buenas y baratas. Esta ha sido buena, y en

cuanto á barata, difícilmente pudiera serlo mas."

La observacion encerraba una verdad como un templo.

FRANCISCO FLORES ARENAS.

EL MERCADER DE ESPECIAS.

A MANUEL TORRIGLIA Y ZEA.

Miradlo en la puerta de la calle, sentado en una desvencijada silla, atento en la lectura del *Diario de avisos*, alzadas las boca-mangas de su parda chaqueta, saborear indiferente el negro humo de su prolongada pipa. Apenas el alba estiende caprichosa sus vagos reflejos sobre las altas agujas de los campanarios, el especiero bosteza perezoso tras el reducido mostrador de su pequeña tienda y riñe al hortera por su poca experiencia en el manejo de la escoba y su torpeza sin límites en la compra de la fresca sardina y la coliflor lozana. La última campanada de las cinco vibra aun prolongada por el eco en los espacios y ya el mercader devora un opíparo almuerzo, en cuyo plato principal osténtanse varios trozos del succulento bacalao y la amarilla manteca. Su apetito está siempre en exacto parangon con el círculo enorme de su gigantesco vientre. Enemigo encarnizado del poeta, luce no obstante en sus abultadas mejillas un continuo vergel de frescas rosas, cuyos matices lo mismo se extienden bajo la tostada curva de su inferior y risueño lábio, que sobre la dilatada planicie de su morena frente. El baile y la tertulia son á sus ojos una distraccion monótona, quizás *anti-higiénica*, deseo esclusivo de la astuta mamá que juzga necesario poner en *exhibition* la nerviosa hija para legarla al espirituado pollo de aurífera cadena y charoladas botas. Jamás lo encontrareis en la Alameda: id á su casa y rodeado de desenfrenadas domésticas y bullidores chicos, contando la oscura calderilla con una mano y encerrando en la otra un reducido paquete de canelon ó alpiste, vuestras miradas le sorprenderán contento ó pensativo, segun el estado de su barómetro, es decir, la mucha ó poca afluencia de compradores que vayan á visitarle. Celoso en sus tareas, vé desaparecer el dia en un continuo afan, en un interminable trabajo; y cuando misteriosa y lúgubre la voz del anciano reloj, apolillada herencia del vecino talabartero, pregoná la hora de las ánimas, el especiero cierra la puerta de su establecimiento y antes de entregarse á un fantástico sueño tan pobre de *Ondinas* y *Nereydas* como rico de ilusorias negociaciones, en franca man-

comunidad con el pigmeo y nervudo hortera, empieza á depositar en separados papeles *cuartos* y *ochavos* de mercancías, legándole á cada instante al pródigo dependiente algun sonoro cogotazo, acompañado de estas ó parecidas frases:

—No añadas nunca: quítale un grano de pimenton á ese paquete y házlos todos abultaditos, hijo mio.—El mercader de especias suele á costa de algunos años de largas vigalias y privaciones sin límites, llegar á reunir un escaso capital suficiente sin embargo para prolongar su tienda, edificando un modesto despacho entre las bajas columnas del patio de su casa. Entonces sus costumbres varían; ya no se frota las manos tras el mostrador en las crudas noches del tormentoso Enero; ya el hortera en las horas de forzada tranquilidad no recurre á su biblioteca colocada entre los untosos barriles, en busca del *Robinson*. Ambos invaden poderosos el sendero de la critica y acompañados el primero del droguista y del oficial retirado; y el segundo de un dependiente de encrespados cabellos y castellana pronunciacion, no dejan en paz ni al gobierno reinante ni á la morena y epigramática costurera del escribano vecino. La tienda no luce ya en los umbrales de su puerta el enorme bacalao, pendiente de la robusta alcayata: todos los artículos ocupan un almacén espacioso en cuyas exteriores paredes campean varios letreros, advirtiéndole al transeunte la venta *al por mayor* de los existentes efectos. Llegó á su apogeo la felicidad del mercader enriquecido. No lo busqueis por las tardes entre las sacas y las pesas; si os precisa hablarle de algun asunto, tomaos la molestia de dirigiros á la *Farola* y allá lo encontrareis sentado en una peña alfombrada por su encarnado pañuelo, conversar tranquilo con el paciente pescador de apático semblante, lamentándose de la poca salida del cacao y de la mucha entrada de la miseria. El especiero cuando llega á ocupar una posicion lisongera, tortura su carácter hasta el extremo de hacerlo receloso é hipócrita. Si quereis captaros su afición; sus simpatías, nunca pondereis sus riquezas porque entonces escuchará eternamente vuestras mas francas revelaciones, con una prevencion sin límites; habladle siempre de quiebras, de hambres lejanas y lejanas epidemias, y de este modo lograreis inspirarle la amistad mas sincera.

Ya no le horrorizan los bailes, aunque se abstiene de concurrir á ellos, porque *su tiempo pasó*. Todas las tardes, despues de una reposada comida, diríjese á la *Loba* ó la *Iberia* y allí en tranquila sociedad con otros compañeros de profesion, disputa el precio de la taza

de café que han de saborear sus labios, manejando con maestría las clásicas alternativas del *Dómino*. Habla con entusiasmo de política, intriga en las elecciones de diputados, lo nombran por último regidor; pero si en el acto de administrar justicia le proponeis un negocio, su autoridad desaparece y fiel á sus principios, abandona el baston para reconocer presuroso la larga *churla* de sazónada canela.

Todos los Domingos asiste al teatro; ríe y no aplaude. En los entre actos enciende un ennegrecido puro, apagándolo contra la pared cuando vé alzarse nuevamente el telon; sus ojos no cesan de escudriñar la escena durante la representacion. Mas tarde, finalizado el espectáculo, se dirige solitario á su vivienda y despues de hacerle á los soñolientos dependientes una *desgarradora* descripcion de la *comedia*, se acuesta pensando en las crecidas existencias de sus rellenos almacenes.

Y de este modo, entre el cálculo y la venta, entre la multiplicacion y la suma, el mercader cruza su existencia tranquila sin otro pensamiento, sin otras ideas, sin otras pretensiones que el progresivo aumento de sus negocios y la lisonjera estabilidad de sus adquiridas rentas.

ABEN KADIL ALMANZOR.

RUGIER DE LAURIGA.

NOVELA ORIGINAL

POR

D.^a FELÍCITAS ASIN DE CARRILLO.

SEGUNDA PARTE.

(CONTINUACION.)

Despues del rapto de Catalina, Rugier habia hecho esfuerzos sobrehumanos con objeto de averiguar su paradero; pero todos fueron inútiles, y el misterio y la incertidumbre siguieron prensando su corazon.

Sin saber lo que hacia, entró en Valladolid la noche en que le hemos visto acudir tan oportunamente en socorro del jóven de Haro. Rugier habia conseguido averiguar que Doña Ana se hallaba á la sazón cerca ó dentro de la corte de Castilla, y creyendo que Catalina era víctima de las venganzas de aquella mujer rencorosa, trató de seguir sus pasos y ver si algo podia averiguar.

Pero al volver en sí D. Lope acertó á pronunciar el nombre de Catalina; durante sus horas de enfermedad y delirio seguia pronunciándole, y Lauriga llegó á cobijar en su pecho una duda cruel. ¿Seria D. Lope la persona que le habia robado su precioso tesoro?

Desde el punto mismo en que esta idea se posesionó de su espíritu, Rugier hubiera dado gustoso la mitad de su vida por ver á su rival en aptitud de darle una satisfaccion cumplida; hubiera vertido su sangre por restaurar las heridas de aquel que seguia enamorado de su esposa y al cual hubiera deseado castigar.

D. Lope se vió al fin fuera de peligro y empezó su dichosa convalecencia. Entonces destellaron de júbilo los ojos de Lauriga y se le vió redoblar sus atenciones y sus cuidados como nadie lo hubiera hecho, ni aun con el hermano mas querido.

—Gracias, le dijo un día D. Lope tendiéndole una mano; sois tan generoso y tan bueno que jamás podré olvidar lo mucho que os debo.

—No hableis, respondió Lauriga tapándole suavemente la boca; estais muy débil y no debeis pensar mas que en poneros bueno y levantaros lo mas antes posible.

Este último deseo de Rugier se realizó dentro de breves dias: D. Lope se levantó y dió algunos paseos por su gabinete, siempre apoyado en el brazo de su noble enfermero.

—Tratais en vano de rehuir una conferencia en la que os muestre mi gratitud, volvió á instar D. Lope sentándose y haciendo que Rugier hiciese otro tanto. Hace un mes que solo vivis para cuidarme, que no teneis reposo ni descanso alguno; pero sois demasiado severo conmigo: todavía no habeis querido honrarme viniendo á habitar una casa cuyo dueño os debe la vida. Tenéisme por ventura algun rencor? Estais quejoso de mí?

Lauriga estuvo tentado á manifestarle todos sus pensamientos; pero haciendo un esfuerzo sobre sí, quiso esperar todavía y contestó:

—Si no he venido á vivir con vos, segun me lo habeis indicado varias veces, es porque no me ha sido posible; pero ya veis que apenas nos hemos separado.

Esta conversacion de los dos caballeros se suspendió con la llegada del rey que muy frecuentemente solia visitar á D. Lope.

Restablecido este por completo, Rugier creyó que ya no habia motivo alguno para retardar por mas tiempo la esplicacion que tanto habia deseado. Ambos acababan de salir á dar un paseo por las inmediaciones de la ciudad y entablaron el siguiente diálogo.

—Qué teneis? preguntó el de Haro, siempre os veo triste y meditabundo y aun si se quiere reservado conmigo. Hace dias que os diriji una pregunta y os ruego que hoy me contesteis á ella. Tenéisme algun rencor, caballero Lauriga?

—Si os he de hablar con franqueza, replicó el interpelado, hace tiempo que aguardaba con ansia esta ocasion. Hoy os hallais bueno y podremos entendernos perfectamente. ¿Sabeis que Catalina de Montalvo es mi esposa?

Esta pregunta fué á parar al corazon de D. Lope como si se hubiese convertido en una saeta punzante y desgarradora. De pronto se le vió palidecer horriblemente y vacilar como si fuese á dar en tierra con todo su cuerpo. Su emocion fué tan

grande como inesperada aquella noticia, y durante algunos minutos permaneció inmóvil, con la vista clavada en el rostro de Rugier y sin acertar á proferir una sola palabra. Luego hizo cuanto pudo por dominar su turbacion, y exclamó arrojando un suspiro.

—No lo sabia! os lo juro por mi fé de caballero.

—Tanto mejor, respondió el capitán gravemente, de otra manera sería poco digno de vos que siguiérais poniendo los ojos en una muger honrada, unida en santo vínculo con un hombre que á mas de amarla es como vos un leal caballero. Y que vos seguíis pensando en Catalina no podeis negármelo; la habeis nombrado tantas veces en mi presencia desde la noche en que quisieron mataros, que vuestra negativa sería completamente inútil.

—Teneis razon, la he amado mucho y aun ahora mismo....

—Por qué no concluís? os falta por ventura el suficiente aplomo, ó es que no quereis faltar á una mal entendida delicadeza? Si es así, debo manifestaros que haceis mal en ello: vos no me debeis nada, absolutamente nada.

—Decís eso, y sin embargo yo no puedo olvidar que sin vos yo no existiría á estas horas.

—Y qué tenemos con eso? Si acudí á socorrerlos fué porque la religion, el honor y el deber me lo imponian; un hidalgo cualquiera hubiera hecho otro tanto, aun sabiendo que érais su mas mortal enemigo.

—Sí, pero luego...

—Luego no hubo en mí nada de generoso, nada de humanitario que os obligue á estarme reconocido; si me habeis visto continuamente solícito, en torno de vuestro lecho, creedme, solo un interés personal, una idea egoísta me impulsaban á ello; queria conservar vuestra vida para tener con vos esta entrevista, para venir y deciros á solas estas palabras: "caballero D. Lope, tengo la sospecha de que habeis atentado á mi honra y vengo á pedir os una reparacion, vengo á mataros frente á frente ó á que vos me mateis si la fortuna os es mas propicia."

D. Lope que se habia sentado un instante sobre la verde alfombra que entapizaba el solitario terreno en que ambos se hallaban á la sazón, levantó sus ojos atónitos y los clavó en el rostro de Rugier, que permanecía impassible y sombrío; luego se levantó y dijo cada vez mas admirado:

—Os ruego que me espliqueis la causa de tanto enojo, que me digais cuándo y cómo he podido atentar contra vuestra honra, ignorando, como ignoraba, que Catalina os pertenecía.

—No sé, caballero: os he dicho que abrigaba una sospecha y que por eso he deseado con ardor veros en actitud de poderlos defender. Ahora que os hallais en ese caso, tened la bondad de confesar explícitamente á la pregunta que voy á dirijirlos. Estoy á vuestra disposicion y espero que me digais la verdad.

—Decid; os prometo que no faltaré á ella.

—¿Habeis pensado mucho en Catalina despues que esta salió de Zaragoza?

—Todos los dias y á todas horas.

—La amábais mucho, ¿no es verdad?

—Con toda el alma, caballero.

—De modo que hubiérais deseado poseerla.

—Hubiera hecho por ella los mayores sacrificios.

—¿Hasta el punto de pensar en un rapto?

—Si tal idea me hubiese ocurrido, no oponiéndose Catalina, de seguro la hubiera llevado á cabo; pero estais en extremo enigmático conmigo y no sé adonde quereis conducirme sujetándome á esta especie de interrogatorio. ¿Os han robado tal vez á vuestra esposa?

—Lo habeis acertado al fin, exclamó Lauriga dando rienda suelta á su dolor y á sus celos, me la han robado antes que haya podido poseerla y por mas que la busco no puedo encontrarla en ninguna parte; mi pena no tiene límites y mi ardiente deseo de venganza raya en lo infinito. Ahora bien: yo sabia que vos la amábais y he sospechado de vos. Decidme con franqueza si me la habeis robado, y matadme ó dejadme que os mate despues que me lo hayais dicho.

D. Lope miró á Lauriga con tristeza y dijo despues de una breve pausa.

—Veo que el dolor os estravía y que las apariencias han podido condenarme; pero habeis logrado interesar mi amor propio en este asunto, y de hoy mas no sereis vos el único que se ocupe, sin tregua ni descanso en averiguar el paradero de Catalina que ignoro completamente. Sabeis que tengo algun poder en Castilla, gracias al favor que me dispensa mi soberano, al cual quiero presentaros esta misma noche. Yo os juro que podreis registrar una por una las casas de la ciudad, las villas y los castillos del reino, y si alguien os dice que Catalina de Montalvo os ha sido robada por mí, yo os autorizo, Rugier: venid y atravesad mi corazon de una sola estocada. Entretanto, no desconfieis de mí y aceptad la gratitud y el cariño que os ofrezco.

En este instante suspendieron los dos su diálogo viendo llegar hácia ellos, á toda priesa, un escudero de D. Lope que traía una carta en la mano.

—Qué hay? preguntó el de Haro dirijiéndose al recién venido.

—Perdonad, señor, respondió este haciendo una profunda cortesía; un pobre pastor que acaba de cruzar por la ciudad, ha dejado en mis manos este escrito dirigido á este caballero.

Y el criado lo puso en poder de Lauriga que, conociendo la letra, se apresuró á leerlo con el mas vivo interés.

Aquel escrito estaba firmado por el jóven D. Fernando de Mallorca y su contenido era el siguiente:

"Soy víctima de una negra traicion y estoy preso y herido. Si el corazon no me engaña, tú debiste seguirme cuando emprendí mi viaje á Sangüesa. ¿Hallaste una mula muerta en medio del camino? A la derecha de este hay una escabrosa senda que conduce al castillo de Guevara, en el que

estoy encerrado hace cerca de dos meses. Ven á sacarme de aquí, si te es posible, y sabrás quienes es la mujer que sin duda habrá intentado arrebatarte la tuya y acaso lo haya conseguido. Adios, y recibe un abrazo de tu buen amigo

FERNANDO."

—Sí, sí, es ella, murmuró Rugier así que acabó de leer aquella carta. Luego, dirigiéndose á D. Lope añadió:

—He dudado de vos como un insensato y os pido que me perdoneis; yo debia conocer que en vuestro modo de obrar no cabia tanta traicion ni tanta infamia.

D. Lope estrechó entre las suyas una mano del capitán.

—Sabeis algo de nuevo? ¿Qué ocurre? le preguntó.

Rugier le contó entonces los manejos que una persona envidiosa de su dicha habia puesto en práctica para alejarle de su amada compañera y el modo como esta le habia sido robada.

—Y no podeis decirme el nombre de esa persona? preguntó el de Haro con creciente interés.

—He jurado no revelarlo por ahora á nadie, respondió Lauriga con tristeza; pero tambien he jurado al mismo tiempo castigar sus alevosías y espero que me ayudareis en mi empresa. Me habeis ofrecido presentarme á vuestro rey y espero que no dejareis de hacerlo; pero antes debo ausentarme de vos por unos dias y volar en socorro de mi amigo.

—Como gustéis, respondió el de Haro apoyándose en su brazo y tornando ambos á la ciudad.

Aquella tarde la abandonó Lauriga marchando en compañía de algunos fieles servidores de D. Lope, que no quiso dejarle partir solo.

Dejémosle tambien nosotros alejarse; desesperanzado como estaba de hallar á su esposa en Valladolid, y veamos lo que ocurrió en este punto durante su ausencia.

CAPITULO VII.

Callados estaban los genios de la noche y envuelto el mundo en profundas tinieblas. El cóncavo azul del firmamento se ostentaba plácido y sereno sembrado de innumerables estrellas, y la rica ciudad, corte por entonces de los reyes de Castilla, parecia profundamente dormida, halagada por el blando céfiro y velada por los rayos melancólicos de la luna. El silencio y la soledad no eran turbados, hacia ya mas de tres horas, por ningun importuno rumor. Eran mas de las once de la noche y los vallisoletanos se habian entregado al reposo.

¿Quién era, sin embargo, aquella jóven de virginal belleza, cándida y pura como el aliento de los ángeles que velaba impaciente sin haber rezado todavía sus cotidianas oraciones? ¿Quién era tambien el misterioso émbizado que, recatándose el rostro, avanzaba con paso precavido poniendo la mano encima de su corazon como si temiese que sus latidos fueran á descubrirle? ¿Serian dos al-

mas enamoradas que iban á ponerse un momento en contacto? Sin duda lo eran, cuando de pronto se vió pararse al hombre aquel bajo los balcones de la hermosa doncella que, habiendo escuchado las pisadas del caballero, abrió cuidadosamente las celosías y despues de apagar la luz que alumbraba su estancia, salió al balcon casi temblando de miedo. Pararse el émbizado, salir ella como hemos dicho, y cruzar el espacio dos nombres, pronunciados en voz baja, fué cosa de un momento.

—Elvira!

—Pedro!

—Eres tú?

—Sí, bien mio; yo que llego hasta tí mas enamorado que nunca.

—Silencio, Pedro; ¿no ves que pueden escucharnos?

El jóven, pues sin duda debia serlo á juzgar por la voz, dió algunos pasos por la calle, vió que esta estaba desierta y volvió á pararse dirigiendo á su dama estas preguntas:

—¿Ha vuelto tu padre, Elvira?

—No, pero me ha escrito; respondió ella con débil acento.

—Y qué te dice, bien mio?

La jóven suspiró y no tuvo valor para responder.

—Oh! no me ocultes nada, volvió á decir el émbizado; sea cual fuere la noticia que tengas que darme, dámela pronto; yo tendré valor para escucharla.

Elvira se apoyó en la balaustrada y aplicó un blanco cendal á sus ojos. Estaba llorando y su amante lo conoció desde luego.

—Elvira! Elvira mia! exclamó en alta voz sin poder contenerse.

La jóven se estremeció al oír el acento de angustia con que la llamaba el enamorado doncel; sacó fuera la mitad de su cuerpo y adoptando una resolucion, tal vez demasiado arriesgada para ella, le dijo:

—Espera, Pedro, voy á bajar.

Cinco minutos despues se abrieron las maderas de una ventana situada en el piso inferior de la casa, y Pedro pudo contemplar al pálido fulgor del astro de la noche las angélicas facciones de su amada.

Elvira era una niña de diez y seis años, de ojos azules como el cielo en dia de primavera; de blanca tez y de dorada cabellera que hubieran envidiado los rayos del sol. En ella todo era breve y delicado, y respiraba dulzura y candor. Su voz dulce como las vibraciones del arpa eolia, grata como el suspiro de la brisa que vivifica el alma, penetraba en el corazon de los que la escuchaban embebecidos; era, en fin, tierna y cándida como la vírgen de los primeros ensueños, fresca y pura como la flor que se entreabre á los primeros albores de la mañana.

Pedro era su primer amor, su ilusion primera; le amaba como hubiese amado á su madre, con todo el candor y con toda la ternura de su alma; pero ay! Elvira no habia conocido á la que le llevó en sus entrañas, y al amar á Pedro con todo su cora-

zon, halló en la tenaz resistencia de su padre una barrera inmensa como su amor, grande y poderosa como la fuerza de su adverso destino.

Elvira hubiera preferido la muerte antes que desobedecer á su padre; pero Pedro habia ido una y otra noche á rondar sus balcones, ora entonando tiernas cántigas amorosas, ora despertando en su alma con acongojados suspiros el recuerdo de su pasión. Era esto demasiado para su alma inocente y apasionada; su padre se hallaba fuera de la ciudad y solo con su amor y sus recuerdos, trató con su aya de dar su último adiós al enamorado mancebo. Tres noches hacia que ambos habian acudido á su cita y el *adiós* no habia salido de sus labios.

¿Cómo formular aquella despedida? ¿Cómo desgarrarse el alma voluntariamente? La triste y desconsolada doncella quiso mas de una vez separarse para siempre de su dueño; pero no tuvo valor para tanto. Ella no sabia ni podia vivir sin verle, y al sonar la hora señalada por ambos para verse, su corazón saltaba dentro de su pecho cual si quisiese salir al encuentro del nocturno rondador.

Elvira estaba vestida de blanco; era el color del luto de aquella época, y el luto habia cubierto su pobre corazón.

—Por fin me concedes lo que tanto te he suplicado, dijo Pedro al verla aparecer en la reja; por fin podré hablarte mas de cerca esta noche, y oír de tus labios la causa de mis penas. ¿Quién te aleja de mí? ¿quién se opone á mi felicidad?

—No lo sabes? preguntó la jóven con voz entrecortada; ¿no sabes que es mi padre quien no quiere que te siga amando? Oh! Pedro! Pedro! retírate, yo te lo suplico; no vengas mas á verme; no te acuerdes mas de mí!

Elvira lloraba como un niño.

—No digas eso, bien mio, replicó Pedro desesperado; dejar de amarte despues de haberte visto, es tan difícil como renunciar á la salvación del cuerpo y del alma; tan imposible como tocar con las manos en el cielo. Dejar de amarte!... Oh! tú no sabes lo que me pides, tú ignoras lo que quieres.

—¿Y qué hemos de hacer, Pedro?

—Qué haremos?... no lo sé, ni quiero saberlo; lo único que puedo asegurarte es, que no hay poder que esté sobre el poder de mi pasión.

—Oh! no blasfemes; tal vez Dios lo quiere así y en ese caso ¿qué haremos nosotros?

—Tienes razón, somos demasiado débiles para oponernos á su voluntad divina; pero esto seria un contrasentido. El cielo formó dos almas fundidas en un mismo molde y purificadas en un mismo crisol; quiso que se hallasen en un mismo camino para que la una fuese de la otra y solo la ambición, la injusticia de los hombres tratará de separarlas. Mas ¿qué pueden los hombres para luchar contra dos almas que no quieren separarse? No, no, mi Elvira; no hay humano poder que me separe de tí.

Despues de una breve pausa, durante la cual pudieron percibirse los tiernos suspiros de la jóven, su amante volvió á tomar la palabra.

—No sé lo que tienes esta noche, Elvira mia,

dijo; nunca te he visto tan abatida y llena de dolor. Dices que tu padre te ha escrito; ¿qué te dice en su carta?

—Me dice...

—Habla, cuéntamelo todo.

—Pues bien, sábelo ya de una vez; me dice que esté prevenida para emprender en breve un viaje.

—Y es eso todo? Oh! si es eso, nada temas; yo te seguiré al fin del mundo.

—Pluguiera á Dios que fuese eso solo; pero ¿no adivinas que me llevan á Palencia con la corte y que allí debo dar mi mano á Benavides?

—Antes mil veces me harán tajadas, esclamó Pedro con rudo acento; antes mil y mil veces morirá ese hombre á mis manos. ¿Sabes tú lo que quieren? ¿Sabes tú que eso seria obligarte á vivir siempre al lado de un hombre que no amas?... Pero esto es un delirio; añadió el pobre jóven interrumpiéndose de pronto; yo soy rico, soy noble; yo me arrojaré á los piés del rey, pediré de rodillas á tu padre que me conceda tu mano y ellos... ¿cómo han de despreciarme sabiendo que te adoro?

—Mal conoces á mi padre, murmuró Elvira cobijando no obstante algun resto de esperanza; ¡si tú te hubieses acercado á él antes de empeñar su palabra!... pero ahora será demasiado tarde...

—Y quién sabe? Dios es grande y bueno; Dios mitiga los dolores de los que acuden á él! Tú eres pura y noble y santa; pidámosle con fervor que no nos abandone y Dios te escuchará.

—Tienes razón, Pedro; acudamos á su infinita misericordia; unamos nuestras oraciones.

La conferencia de ambos debia terminar, cuando menos por aquella noche. La pobre Elvira pudo lograr de la honrada y bondadosa mujer que le servia de aya que la permitiese como hemos dicho, desengañar á su amante. La noche se iba poniendo fria y Elvira tuvo que recogerse, al oír que la andaban buscando.

—Adios, dijo al fin separándose de la reja.

—Hasta mañana, murmuró Pedro enviándola un beso con la punta de sus dedos.

No bien se cerraron las hojas de aquella ventana, el amante de Elvira sintió que le tocaban en el hombro; volvióse en extremo sorprendido, y se halló delante de otro embozado á quien reconoció al instante á pesar del embozo.

—Tú por aquí, Juan mio! preguntó con cariñoso acento.

—Sí, vengo en tu busca, replicó el recién llegado mirando hácia arriba y recatando la voz; vengo á anunciarte que tenemos en casa un huésped que acaba de llegar...

—Un huésped!... de fuera tal vez?

—De fuera.

—Como no sea nuestra prima...

—Lo has adivinado.

—Pues te digo que lo siento, hermano mio; esa mujer suele ser para mí nuncio de mala ventura.

—Dice que tiene que hablarte de cosas que te interesan.

—Siendo así, marchemos cuanto antes.

Pedro y Juan apresuraron el paso.

—Viene disfrazada por ventura? preguntó el primero deteniéndose una vez y dirigiéndose á su acompañante.

—Tanto, que no la conocerás; se ha convertido en hombre...

—No es extraño, ni es la vez primera que lo hace; pero si he de decirte la verdad me dará enojos semejantes misterios.

—Tampoco me agrada á mí; ahora viene con hábitos de fraile y hubiera jurado que era un viejo de sesenta años.

—Quiera el cielo que nuestra prima no se pierda como lo temo.

—Amen, contestó Juan en voz baja.

Los dos hermanos llegaron en esto á la puerta de su casa, que se abrió al instante para darles paso y luego volvió á cerrarse herméticamente.

Después penetraron en un salón y se hallaron delante de la condesa de Cinco-Villas.

CAPITULO VIII.

Ana de Sobradíel vestía el mismo hábito con que la hemos visto en otras dos ocasiones.

A la sazón se había bajado la capucha y arrancado la barba postiza con la cual encubría perfectamente la mayor parte de su rostro.

Sus cabellos abundosos, mal peinados, flotaban sobre sus hombros en rizados desiguales y hacían resaltar más y más la deslumbrante blancura de su frente y de su hermosa garganta, su boca permanecía entreabierta, escapándose de ella una hechicera sonrisa, y sus ojos rasgados, húmedos y brillantes centelleaban bajo el arco perfecto de sus cejas y el magnífico cerco de sus pestañas.

(Se continuará.)

DISTRIBUCION DE PREMIOS POR SS. MM.

A LAS ALUMNAS DE LAS ESCUELAS DOMINICALES.

(Conclusion).

Ya lo dije hablando de la muger en general: el solomedio de moralizar la sociedad, de mejorar las costumbres, de sembrar en ella semillas de paz y de virtud es educar á mi sexo con la verdadera educación, con la educación moral y religiosa, sencilla y firme, que enseña ante todo la existencia de un Dios, padre amoroso de todas las criaturas, premiador del bueno y castigador del malo, cuya justicia es inmutable, pero cuya bondad es inmensa y llena de ternura.

¡Gracias, pues, en nombre de la humanidad entera, reina querida, madre de los españoles, que así alientas la noble, la santa empresa de moralizar al pueblo! ¡Gracias, nobles damas, que con tanta abnegación os consagrais á tan benéficas tareas! vosotras haceis á la humani-

dad un bien mayor que el guerrero que pierde su sangre en los combates; más grande que el que le presta el sabio que descubre un nuevo arcano de la ciencia: vosotras revivís en vez de matar, y enseñáis la humildad en vez de fomentar el orgullo: enseñáis á amar, y no á aborrecer, y alumbráis las almas con la antorcha de la Caridad y de la Fé, que es el principio de toda dicha y el fin de todos los esfuerzos de la humana sabiduría.

Si como es de esperar, sigue dando tan óptimos frutos vuestra piedad y abnegación: si imitan vuestro ejemplo todas las demás provincias de nuestra hermosa España; si se abren en toda ella asilos benéficos, donde la ignorancia se convierta en sencilla y sólida instrucción, los errores en esperanza y creencias firmes, la exasperación en fé y la ira en gratitud, dentro de poco no habrá ni madres desnaturalizadas, ni depravados hijos: nuestra patria será grande, feliz, rica y venturosa, porque la religión y la virtud son fuentes de paz, de prosperidad y de alegría, y este noble pueblo esclamará reconocido:

—¡Bendito sea Dios, que ha hecho nuestros padres á los que podían ser indiferentes á nuestra suerte y que nos ha dado en nuestros reyes, una verdadera imagen de su benéfico amor y de su inagotable piedad!

MARÍA DEL PILAR SINUES DE MARCO.

Solucion del geroglífico anterior.

Quien bien quiere bien obedece.

EDITOR RESPONSABLE:

DON LÁZARO ESTRUCH Y FERNANDEZ.

CADIZ: 1859.—Imprenta de la Revista Médica á cargo de D. Juan Bautista de Gaona, plaza de la Constitución, núm. 11.

